

JEAN CASSAIGNE (1895-1973)

Monseñor Jean Cassaigne nació en Grenade-sur-Adour, en el departamento de Landas (Francia), el 30 de enero de 1895. Perdió prematuramente a su madre y su padre lo envió a España, para completar sus estudios en un colegio de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, exiliados en Lezo, cerca de San Sebastián. A la edad de 17 años regresó a Francia para ayudar a su padre en sus trabajos, pero se sentía atraído por las misiones, de modo que manifestó su deseo de convertirse en misionero. Justo cuando se preparaba para ingresar en el Seminario de la Rue du Bac, se enteró de la declaración de guerra entre Francia y Alemania. Entonces, con 19 años, se inscribió en el ejército y pasó cinco años en el frente como oficial de enlace; participó en la batalla de Verdún y fue condecorado con la Cruz de la Guerra. Después de la desmovilización, en 1920, ingresó en el Seminario de las Misiones Extranjeras de París, fue ordenado sacerdote el 19 de diciembre de 1925 y partió para Indochina el 6 de abril de 1926. Pero primero fue enviado a Vietnam, a la ciudad de Móng Cái –perteneciente a la Provincia de Quang Ninh, al norte del país–, donde estaba ubicada una importante comunidad cristiana, para aprender el idioma vietnamita.

Al llegar a la misión, Jean Cassaigne, como los demás, dedicó los primeros meses de su vida misionera al estudio de la lengua y de las costumbres locales y fue introducido a la pastoral en el entorno vietnamita, en la gran parroquia de Móng Cái. Al año siguiente fue enviado por su obispo, Mons. Dumortier, a la región de Di Linh en las tierras altas de Dong Nai, para fundar una nueva comunidad cristiana entre los pueblos de las montañas de esta región, habitada por los Sré, también llamados Koho. En ese

momento, la región de Di Linh estaba habitada casi exclusivamente por minorías étnicas, porque los vietnamitas aún no se habían asentado en las tierras altas.

Desde su llegada a Di Linh, Jean Cassaigne estudió el idioma local, muy diferente del idioma vietnamita; estudió con empeño y pronto llegó a compilar un léxico y un manual de conversación. El joven misionero rápidamente comenzó a contactar con las poblaciones animistas, quienes sin embargo no confiaban en él y probablemente temían a ese extranjero barbudo. Probablemente los hombres del bosque –llamados Moïš, es decir, salvajes– nunca habían visto a un europeo de piel blanca. Sin embargo, poco a poco, con su sonrisa y su amabilidad, Jean Cassaigne logró acercarse a ellos.

Descubrió entonces la miseria de aquellos hombres, obligados por circunstancias diversas a alejarse de su entorno natural. Forzados a abandonar el bosque en el que solían encontrar su subsistencia, permanecían desnutridos, sin ropa, y eran presa fácil de cualquier tipo de enfermedad. Y entre ellos, Jean Cassaigne descubrió a los más enfermos, a los más infelices: los leprosos, alejados de sus familias, abandonados en el bosque, sin cobijo ni cuidados, esperando solo que la muerte pusiese fin a sus sufrimientos. Esa gente pobre, excluida de la sociedad, conmovió profundamente su corazón misionero. Fue entonces cuando asumió el compromiso de dedicar todas sus fuerzas a su servicio. Poco a poco los Moïš aceptaron su presencia y comenzaron a visitarlo.

En aquellos años, muchos propietarios franceses de plantaciones, que habían obtenido concesiones de tierras del gobierno colonial para desenterrar la meseta de Di Linh, pidieron a la misión que creara una comunidad cristiana. Las Misiones Extranjeras de París encontraron la propuesta interesante y digna de ser acogida favorablemente. Mons. Dumortier, por su parte, vio una oportunidad providencial para comenzar la evangelización en esa región. La Misión adquirió entonces una casa, que al mismo tiempo sirvió como residencia para el misionero y como escuela para los niños de las poblaciones de las montañas. Con la ayuda de algunos hombres, Jean

Cassaigne construyó para ellos la pequeña ciudad de Kala, no lejos de Di Linh. Formada por cabañas en hilera, como construían los habitantes del pueblo, fue llamada por Jean Cassaigne «Ciudad de la alegría». Más tarde, poco a poco, reunió a los leprosos a su alrededor. Los consideraba como sus propios hijos, los alimentaba y cuidaba de ellos todos los días. En 1929 el poblado de los leprosos se amplió y acogía ya a un centenar de pacientes.

En 1930 el padre Cassaigne bautizó a sus dos primeros catecúmenos y varias familias pidieron convertirse en cristianos. En el centro del pueblo había una enfermería donde, tres veces a la semana, el misionero iba a hacer las medicaciones y a distribuir los medicamentos. Se ocupaba personalmente de los leprosos y, con la instrucción religiosa a su alcance, los preparaba para morir como cristianos. En un rincón del pueblo estaba la capilla de los leprosos, donde los domingos se recitaban oraciones en Koho y se impartían lecciones de catecismo.

En 1935 Jean Cassaigne, con la ayuda de su fiel catequista Joseph Braï y la colaboración de un centenar de leprosos, fundó en Kala, cerca de Di Linh, una aldea autónoma para reunir y curar a los leprosos Moï's de la región. Unos meses más tarde, tuvo la alegría de bautizar a 26 catecúmenos en una capilla completamente nueva. Fue el comienzo de la primera comunidad cristiana de las poblaciones de la montaña, que continuaría desarrollándose. En 1936 ya había doscientos.

En 1937 la Visitadora de las Hijas de la Caridad, Sor Clotilde Durand, tocada por la dedicación del misionero, que trataba personalmente a los leprosos, le prometió la ayuda de las Hermanas de San Vicente de Paúl. Poco tiempo después, en febrero de 1938, cuatro Hijas de la Caridad llegaron a la aldea y comenzaron a cuidar a los leprosos.

En 1941 un telegrama de Roma arrancó a Jean Cassaigne de sus leprosos. El Papa lo había nombrado obispo y responsable del Vicariato Apostólico de Saigón. A pesar de su disgusto por los títulos y honores, tuvo que aceptar «bajar» a Saigón. Recibió la ordenación episcopal durante la fiesta de san Juan, el 24 de junio. Una multitud de 3.000 personas se reunieron en la catedral de Saigón para la ceremonia, y entre ellos había una importante

delegación de la gente de las montañas en traje tradicional, en representación de la comunidad cristiana de Di Linh.

Mons. Cassaigne impuso su estilo personal en Saigón. Ciertamente no dejó de cumplir con sus responsabilidades y respetó las costumbres de su ministerio, pero en su vida diaria, el padre Cassaigne siguió siendo un hombre simple y acogedor. Siempre dejaba la puerta abierta: todos podían ser recibidos sin ser anunciados, pobres y ricos, sin distinción de raza o condición social. A lo largo de 15 años mantuvo esta pesada tarea, y en esos años tuvo que enfrentarse a muchas dificultades, tanto durante la ocupación japonesa como durante la guerra franco-vietnamita. A lo largo de este período agitado, dedicó sus energías al servicio de todos, organizando ayudas y socorros para los más necesitados, sin hacer preferencias o excepciones. Los mismos japoneses rindieron homenaje a su amor por sus vecinos y a la dedicación mostrada por Mons. Cassaigne.

Sin embargo, Mons. Cassaigne todavía tenía un deseo en su corazón: volver a vivir con su gente querida en las montañas. Cuando se enteró de que también él había contraído la lepra, entonces presentó a la Santa Sede su renuncia como vicario apostólico de Saigón. El Papa la aceptó y así tuvo la gran alegría de poder regresar con sus leprosos, en diciembre de 1955, y ya no los abandonaría nunca.

Al regresar a Di Linh, su única preocupación era proporcionar asistencia material adecuada a su gente y, sobre todo, ofrecerles la amplia ayuda espiritual que les hacía felices. Los amaba tanto, estaba tan cerca de ellos, se mezcló con ellos tan íntimamente que, golpeado por la lepra, aceptó vivir con ellos los mismos sufrimientos. Y al final de su vida, a pesar de los dolores y postrado por la enfermedad, siempre mantuvo la alegría, una alegría radiante y comunicativa, que un día le permitió decir a sus amigos: «El buen Dios me ama, porque ha elegido para mí la mejor oración, que es el sufrimiento, y que se reserva a sus amigos».

Mons. Cassaigne murió el 31 de octubre de 1973 y, según su deseo, fue enterrado en el pequeño cementerio de la leprosería, donde él mismo había cavado la tumba para su primer converso. La gratitud de los leprosos hacia

Mons. Cassaigne fue expresada conmovedoramente el día de su entierro por uno de los leprosos, que tomó la palabra en nombre de sus hermanos enfermos y le dirigió este mensaje:

«Oh Padre, nos has mostrado el verdadero camino al cielo y esta leprosería es obra tuya. Gracias a ti, no nos ha faltado nada: comida, ropa, medicinas, tú las buscabas para nosotros... Querido Padre, privados de todo como estamos, solo podemos darte las gracias y orar al Señor por ti. Hoy queremos vivir tu enseñanza, mantener vivo entre nosotros el vínculo de la caridad y la forma en que nos amaste, sufrir en nuestra carne el dolor, como nos enseñaste a sufrir durante tu vida entre nosotros. Padre, cuando estabas vivo, querías identificarte con nosotros, querías contraer la lepra como nosotros, sufrir de malaria, sufrir en tu cuerpo de carne como nosotros y morir entre tus hijos. Aquí está nuestra última súplica, y es a ti a quien nos dirigimos: ora por nosotros para que un día el Señor pueda considerarnos dignos de alcanzarte en su paraíso, en el Paraíso de la unidad».

Bautizados
y enviados

Octubre
2019